

En un callejón escondido y olvidado del centro, me encontré el local de un viejo con una muy peculiar ocupación, por decirlo de alguna forma. Se dedica a inventar títulos para libros de relatos, novelas o poemarios y los vende a un precio razonable.

Despacha en un pequeño cuartito en el que sólo hay un escritorio viejo y una silla, la cual sigue en pie de milagro. Eso sí, lo que el mueble debe soportar es muy poco, pues del anciano ya casi sólo queda la sombra.

En la pared del fondo cuelga un rótulo con ejemplos de su trabajo:

La muchacha triste que mutilaba poemas.

No esperes mentiras del espejo.

El íncubo suelto y la ventana sin pasador.

Cuando cayó granizo en el Sahara.

Los tres pecados de Carmen.

La pitonisa que intentó sobornar a Apolo.

¿Quién se robó el tesoro al pie del arcoíris?

El día que a Edipo le negaron el cambio de nombre.

Yo me llamaba Domingo y tú de seguro Sábado.

Todo lo que nos queda del mundo es azul.

Murió un 29 de febrero.

El precio de comer pescado insomne en miércoles de ceniza.

Después de los problemas que tuve con mi libro anterior, pensé que resultaría interesante pedirle a este anciano que le pusiera nombre a mi nueva colección de relatos.

Además de ser un ejercicio curioso, me va a costar muy poco dinero y, en todo caso, nada me obliga a utilizar su idea.

Le pregunté la mecánica.

Me respondió que debía dejarle el manuscrito y el cincuenta por ciento del pago. En una semana, luego de cubrir el saldo pendiente, me entregará la propuesta.

Si no me parece, podré abonarle un veinticinco por ciento más por cada nueva sugerencia, hasta un total de cuatro, pues él toma muy en serio su trabajo y considera que cinco intentos son suficientes y si el cliente no está satisfecho, es porque no respeta su arte.



*

Exactamente ocho días después, recibí un sobre lacrado:

Una manzana peligrosa en el último día perfecto.